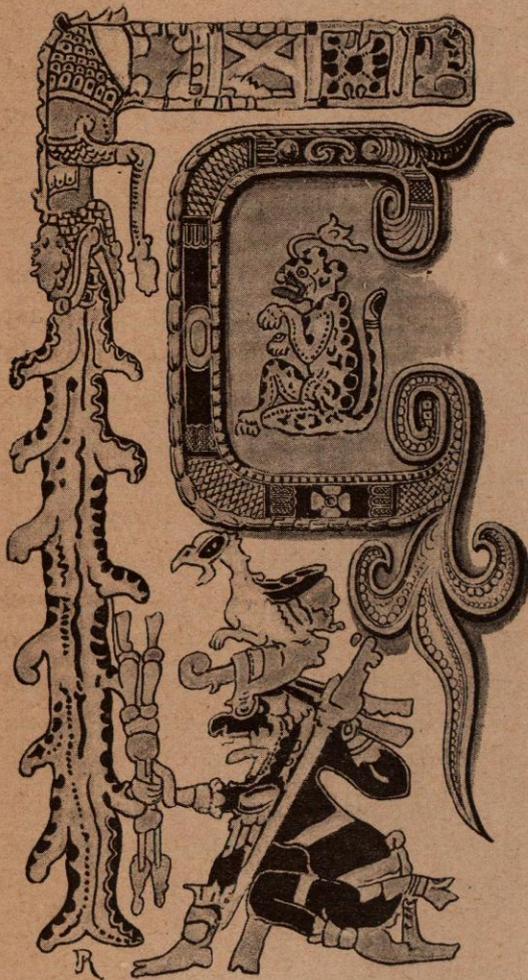


Entablamento del *palacio de las monjas* en Chichen-Itza (Yucatán).



## LA HISTORIA DEL ARTE AMERICANO

### ARTÍCULO SEGUNDO <sup>1</sup>

ASI todos los datos que en el artículo anterior hemos dado para la clasificación de los monumentos americanos, se refieren á los monumentos de Méjico y de la América central; y sin embargo, estos monumentos son los que nos ofrecen el verdadero problema de la historia del arte americano, los que más dificultades ó contradicciones oponen al investigador, cuando éste se propone clasificarlos con arreglo á una cronología. Basta hojear las colecciones de grabados y fotografías representativas de dichos monumentos, para comprender la razón con que Mon-

<sup>1</sup> El artículo primero se publicó en el número 16. En este artículo se ha dicho por error de caja, hablando del *Popol-Vich* ó libro divino de los toltecas que está escrito en *lengua quichua*, debiendo decir *lengua quiché*.

sieur Viollet-le-Duc, con aquella perspicacia genial que poseía y tanto valor da á sus escritos, dijo <sup>1</sup> que esos monumentos, á pesar de la analogía de estilo que entre ellos se observa, no podían considerarse como pertenecientes á una misma escuela de arte, á una misma raza, á una sola tradición, ni á una sola época.

Con efecto, las diferencias son grandes. En todos los monumentos impera como característica el hieratismo, de cuya manifestación en las formas y en el trabajo ya nos ocupamos, especialmente, en esta misma revista <sup>2</sup>; en todos resalta la influencia del Extremo Oriente, punto importante de que también tratamos hace tiempo; por doquiera encontramos los *teocalis* ó templos piramidales, los palacios formados por crujiás ó edificios cuadrilongos, con su gran entablamento decorativo, que cierran un patio cuadrado. Mas cuando se desciende al examen detallado y se entra, naturalmente, en el estudio comparativo, se advierte que en Palenque la construcción es de piedra y todo el revestimiento decorativo de estuco; en las ciudades del Yucatán y en Mitla de mampostería los muros y su revestimiento decorativo de piedra tallada ó dispuesta en mosaico de relieve; se advierte que las puertas de los edificios, son en Palenque numerosas y están separadas por machones que hacen veces de pilares, mientras que en Yucatán están más espaciadas y aquí, como en Méjico, se hallan columnas, indicio cierto de la construcción adintelada; se advierte en la plástica, que los relieves de Palenque son de un buen gusto, de una cierta gallardía de dibujo y de composición, de una factura vigorosa; al paso que en Yucatán y Méjico encontramos un arte más supeditado á la expresión simbólica, más acentuado y aun exagerado en el dibujo, de modelado duro, y que por la profusión de motivos peca á veces en lo *barroco*, nota aún más constante y desgraciada en ciertas obras mejicanas que en las yucatecas.

De todos estos monumentos, ¿cuáles son los más antiguos y cuáles los más modernos? En vano consultaremos á los historiadores de Indias para obtener medios de satisfacer esa pregunta; sólo por inducción puede colegirse algo y este algo preñado de dudas. No conocemos una sola fecha cierta de la construcción de cualquiera de esos monumentos, y el conocerlas sólo puede esperarse de las inscripciones jeroglíficas, aún no leídas, que se ven en los entablamentos y relieves. En tal estado la cuestión, lo único á que puede aspirarse es, vista la imposibilidad de establecer una cronología, intentar un estudio de la sucesión de los estilos, bosquejar en lo posible, y aunque sólo sea por vía de ensayo, el proceso del arte.

Para intentarlo parece de necesidad buscar antes la filiación de esos monumentos, es decir, ver cuáles de éstos debemos atribuir á los mayas y cuáles á los nahuas, pues descartadas las inscripciones y no sirviendo las relaciones históricas más que como auxiliares no queda otro recurso que la etnografía. Indudablemente una clasificación etnográfica, es la que parece más adecuada y posible, y desde este punto de vista se han hecho hasta ahora los ensayos de clasificación.

<sup>1</sup> *Cités et ruines américaines*, pág. 45.

<sup>2</sup> Véase en el núm. 5.º de EL CENTENARIO, nuestro artículo titulado *El Antiguo arte americano*.

Quien primeramente formuló una clasificación fué Viollet-le-Duc <sup>1</sup>, y lo hizo estableciendo tres grupos, á saber: los monumentos de Palenque, que consideraba como los más antiguos, obra de los olmecas; los del Yucatán, elevados, según él, después de la invasión de los quiches en el imperio de Xibalba; los de Mitla, debidos á la influencia quiché después de la separación de las tribus reunidas en Tulán. Posteriormente ha corrido como buena otra clasificación, que establece solamente dos grupos: arte maya y arte nahua, separando dentro del primero los monumentos de Chiapa de los del Yucatán.

Como es sabido, Viollet-le-Duc, hizo su estudio por las fotografías que de algunos monumentos tomó Charnay en 1862 y para la introducción del libro en que el mismo narra su viaje sin pretensiones de arqueólogo. Pero Charnay ha efectuado en estos últimos años nuevos viajes á Méjico y á la América central y ha publicado nuevas narraciones, éstas ya con carácter crítico. No sólo ha descrito los monumentos que ya describió en 1863 y otros ahora por primera vez visitados, sino que ha intentado clasificarlos. En este trabajo ha prescindido de las indicaciones y juicios de Viollet-le-Duc, y valiéndose de sus observaciones personales y de algunos datos históricos que relaciona con los monumentos, ha sacado las conclusiones que vamos á exponer.

Combate en primer término la idea de que los monumentos en cuestión sean tan antiguos como generalmente se ha supuesto; los cree relativamente modernos, en su mayor parte poco anteriores á la conquista. Desecha asimismo la idea de que los monumentos de Chiapa y de Yucatán sean de origen maya y sienta el principio de que los verdaderos autores de la mayoría de construcciones de Méjico y de la América central fueron los toltecas, cuyo paso ha creído reconocer en aquellas ciudades arruinadas de las que se sirve para trazar la carta geográfica de las inmigraciones de dicho pueblo. Para probar tales hipótesis toma en consideración las tradiciones que nos hablan de la venida á Méjico, por el Norte, de los *toltecas*, gentes de raza nahuatl, de piel blanca, de rostro aguileño, de costumbres dulces, adoradores del Sol, de la Luna y de Tlaloc, dios fecundador de la Tierra, que rendían sacrificios inocentes á tan altos poderes, y que desde el siglo VII, en que se fija aquel hecho histórico, viven en Méjico solamente y hacia fines del siglo XI y comienzos del XII invaden el Yucatán. Encuentra semejanzas entre algunos monumentos mejicanos y los de la América central y dice: «Considerando, que todos los monumentos semejantes entre sí deben pertenecer á una sola raza; que conocemos las facultades arquitectónicas y los instintos constructores de los toltecas; que además la arquitectura y la decoración de los edificios responden á las descripciones que los historiadores nos han dado de los palacios y de los templos toltecas de las altas mesetas, nosotros podemos afirmar con alguna certidumbre que no hubo, en verdad, otra civilización en la América central, que la civilización tolteca, y que si existió otra no encontramos su huella, tenemos el derecho de negarla.» <sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Cités et ruines américaines*, pág. 103.

<sup>2</sup> Charnay, *Voyage au Yucatan et au Pays des Lacandons (Le tour du monde, 1884, pág. 10.)*

El dato en que más se apoya el viajero francés es el siguiente: Antes de la llegada de los españoles al Yucatán este país estaba dividido en principados independientes, especie de feudalidad, en la que cada señor tenía su corte. Un siglo antes de la conquista (y *este*, dice, *es el único dato cierto*) el soberano de Mayapán reinaba en toda la península, había sometido los demás centros, y entre sus vencidos se contaban las caciques (príncipes) de Uxmal, Kabah, Labnah, etc. El rey de Mayapán mantenía su autoridad con una guarnición mejicana, y como sabemos que los aztecas fueron tributarios del rey de Azcapozalco y no conocieron su independencia hasta el reinado de Itzcoatl, hacia 1425, no consiguieron mantener su influencia y no se extendieron como vencedores hasta el reinado de Moctezuma I hacia 1440, y por consiguiente no pudieron enviar socorros al rey de Mayapán hasta esta época. Unas gentes de la montaña hicieron guerra al rey de Mayapán, destruyeron la ciudad y luego entre varios caciques se repartieron todo el país<sup>1</sup>. Según Herrera, que es á quien Charnay sigue en esta exposición histórica, cada uno de esos caciques ó señores feudales, se esforzó por llevarse de Mayapán el mayor número posible de libros de ciencia y así pudieron levantar tantos templos y suntuosos edificios en el Yucatán. El obispo Landa abunda en la creencia de Herrera y fija el período de abundancia y de multiplicación de la raza y de la construcción de los monumentos del Yucatán entre 1440 y 1460. Á este renacimiento de las artes yucatecas atribuye Charnay los monumentos de Uxmal.

Por lo demás, Charnay, no habla nunca de estilos; sólo al ocuparse de las ruinas de Copan halla en ellas una amalgama de dos gustos artísticos diferentes, y atribuyendo el caso á la unión de dos ramas de inmigrantes toltecas, dice que los templos y palacios son de estilo guatemalto-tolteca y los famosos ídolos gigantescos de estilo tzendalo-tolteca. Pero no define de un modo formal estos estilos y entre los varios monumentos de que se ocupa, á pesar de haberlos visitado y haberlos fotografiado, apenas establece diferencias. En suma, Charnay parece más preocupado de una cuestión étnica que de una cuestión puramente artística.

Á nuestro modo de ver el viajero francés no tiene razón y sus conclusiones se apoyan en datos é indicios hartamente inseguros. Procuraremos demostrarlo.

Respecto de la antigüedad de los monumentos aunque se admita el origen tolteca de la mayor parte de ellos, las fechas que da no pueden aceptarse sin reserva, puesto que los historiadores de Indias no andan muy conformes en sus cómputos y no puede comprobarse la exactitud de los mismos por la falta de documentos originales. Por otra parte, como tampoco puede comprobarse la relación que cualquiera de esos documentos pueda tener con aquellas fechas históricas, dicho se está que la *fecha cierta* de la construcción de cualquier templo ó palacio subsistente, no es desconocida. La hipótesis de que los monumentos del Yucatán se construyeron en la veintena de años que media entre 1440 y 1460, no se apoya más que en una apreciación de Herrera y de Landa, quienes sin duda no tenían experiencia del larguísimo

<sup>1</sup> *Voyage au Yucatan*, pág. 56.

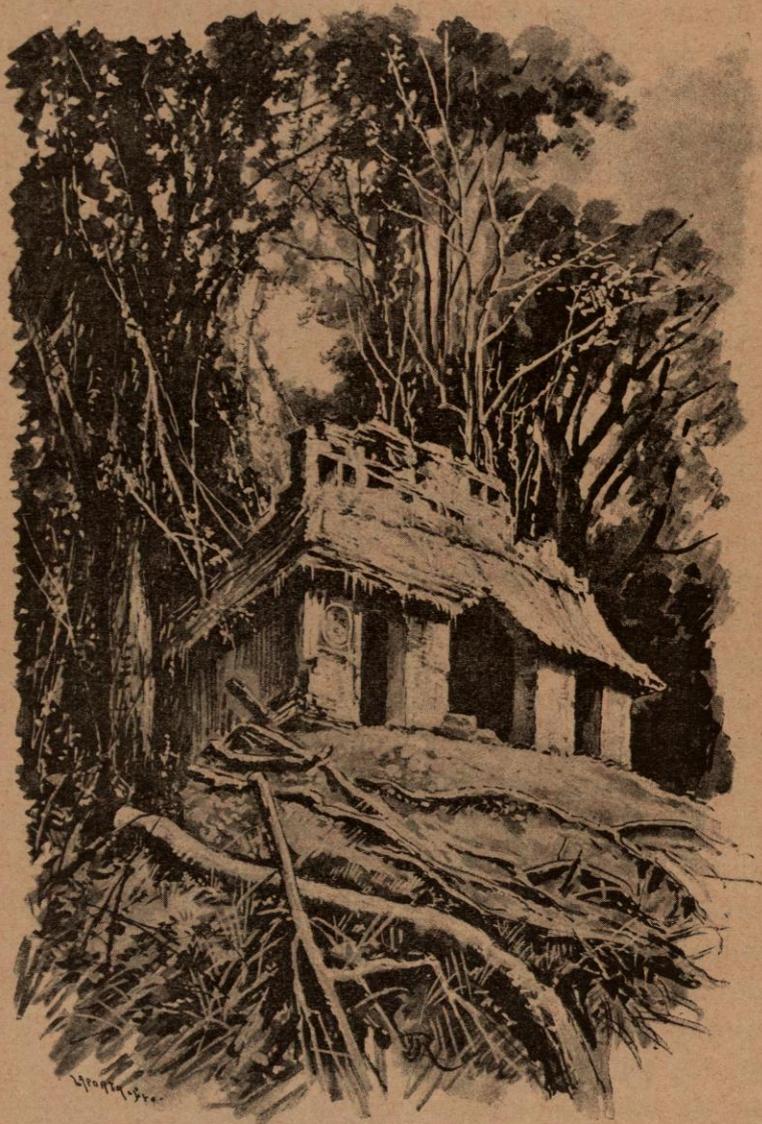
tiempo que exige la labra de un vasto monumento como por ejemplo el *palacio de las monjas de Uxmal*, cuajado de motivos ornamentales hechos de mosaico, lo cual supone un trabajo pacienzudo, que en el clima de América y dada la raza que los ejecutó y con los escasos medios con que contaba la técnica, no pudo ser ligero; aparte de que habría que pensar en todo un pueblo de esclavos dedicado exclusivamente á cubrir de monumentos el Yucatán en un plazo breve. Los cuatro siglos que fija Charnay aun nos parecen escaso tiempo para tal suma de obras gigantescas, que pedían primeramente la construcción de una pirámide (para las que rara vez se aprovecharon eminencias naturales), que sirviese de inmenso pedestal al edificio. Para probar que los dichos monumentos de Uxmal son modernos cita Charnay unas palabras que se leen en el acta de la toma de posesión de esa ciudad por D. Lorenzo de Evia en 1688, y que son estas: «*Abrimos y cerramos las puertas de muchas salas.*» Pero este dato no prueba sino que estuvieron habitadas hasta aquel momento, pues sin buscar otros ejemplos, en España tenemos el monasterio del Escorial con las puertas y las cerraduras que en él se pusieron en tiempo de Felipe II. Á pesar de su teoría de las inmigraciones toltecas, Charnay no consigue señalar un proceso del arte y juzga de la antigüedad de los monumentos por el carácter de vetustez que ofrecen. Al ocuparse de las ruinas de Palenque confiesa que en presencia de aquellos monumentos, aun en pie, de templos enteros, con bajo-relieves de cemento ó estuco y una ornamentación delicada y frágil, en buen estado de conservación, se siente uno dispuesto á afirmar, conociendo el clima y sus destructores efectos, que esos monumentos pueden ser relativamente modernos; pero que ante la destrucción completa de otros edificios, se siente uno dispuesto á atribuirles remota antigüedad.

Sólo en una cosa tiene razón Charnay, y es en la semejanza de algunas manifestaciones artísticas de Méjico y del Yucatán. La columna de Tula y la de Chichen-Itza, que reproduce y presenta juntas, son idénticas. Pero esta y otras semejanzas, que no pasan de detalle, carecen de valor suficiente para dar un origen exclusivamente tolteca al arte del Yucatán, por la razón evidentísima de que no hay en todo Méjico un solo monumento que tenga aquella decoración típica, aquel entablamento lleno de rostros monstruosos y de meandros ó motivos análogos, de mosaico, que son la expresión más acabada del arte yucateco, pues el monumento de Xochicalco (del cual Charnay no se ocupa) es completamente distinto, y los palacios de Mitla están decorados simplemente con motivos ornamentales. En Europa, el estilo románico y el ojival, responden á un mismo canon arquitectónico; varían en la decoración; pues esto mismo sucede en América con los monumentos toltecas de Méjico y los monumentos del Yucatán, con la diferencia importante de que allí aparecen cada uno de estos estilos en comarcas distintas.

\*  
\*\*

De todo lo expuesto se desprenden lógicamente, primero, que los datos étnicos é

históricos, son insuficientes para dar una clasificación de los monumentos americanos, siquiera sean de tenerse en cuenta para el caso; segundo, que la mayor ó menor antigüedad de los monumentos no puede determinarse, y sólo apreciarse por los caracteres de los mismos. Nos encontramos por consiguiente con unos monumentos, análogos por su estructura y por su sistema de construcción; y distintos por su ca-



Santuario del templo del Sol en Palenque (Chiapa).

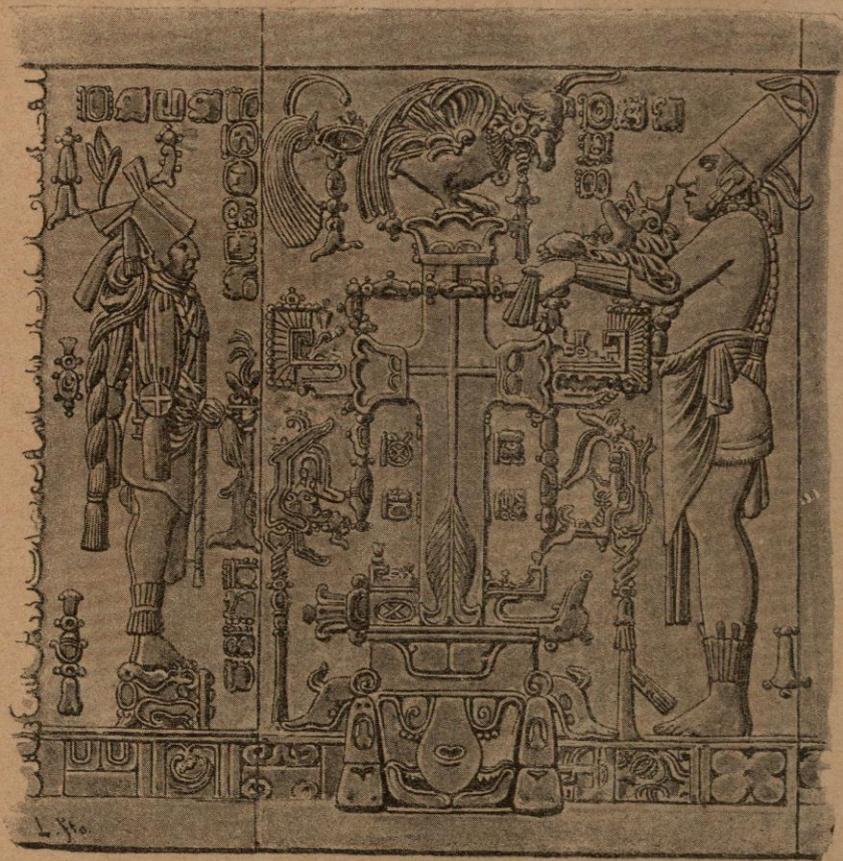
rácter decorativo y por su estilo. Para agruparlos bajo algún sistema no hay otro camino que estudiar esas diferencias, y una vez establecidas las agrupaciones podrán atribuirse á esta ó á la otra raza.

No sólo creemos que ante el criterio experimental que hoy informa á la Arqueología, es forzoso seguir este sistema, completamente opuesto al que antes se seguía,

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

sino que creemos, también, que si las clasificaciones hasta hoy formuladas de los estilos americanos, no han satisfecho á la crítica, es porque á todas ellas les falta un punto de partida. Este punto de partida no puede ser otro que los orígenes orientales del arte americano. Así como los monumentos griegos no han sido bien comprendidos hasta que se han demostrado los orígenes orientales del arte griego; hasta que no se ha visto la parte importantísima que tomaron Egipto y Asiria en la lenta elaboración estética que por mediación de los fenicios se efectuó en las islas del mar Egeo y en el continente griego; así tampoco puede comprenderse bien el gran



Parte central del relieve que da nombre al *Templo de la Cruz*, de Palenque (Chiapa).

arte americano si se desconocen los elementos que de la India, de la China y del Japón llevaron las gentes de raza nahuatl á Méjico y á la América Central.

Esta influencia del Extremo Oriente, ayuda tanto más á establecer las agrupaciones deseadas, cuanto que en los monumentos de Palenque, de Comalcalco, de Loricard <sup>1</sup> y de Tikal, predomina una influencia marcadamente índica, en los monumentos de Yucatán hay un elemento chino muy poderoso, y en los monumentos de Mitla se manifiesta un espíritu ornamental completamente japonés. ¿Debe seguirse de aquí

<sup>1</sup> Nombre dado por Charnay.

que hubo sucesivas inmigraciones de gentes asiáticas de distintas procedencias? No tratamos de averiguarlo. En el terreno del arte, hallamos hechos y los manifestamos; la cuestión étnica no nos compete.—Lo que sí conviene decir es que esas influencias no son exclusivas en cada localidad, pues todo el arte americano tiene un sabor indo-chino. Por qué causas se acentuaron en un sistema ó en otro esas influencias, no lo sabemos.

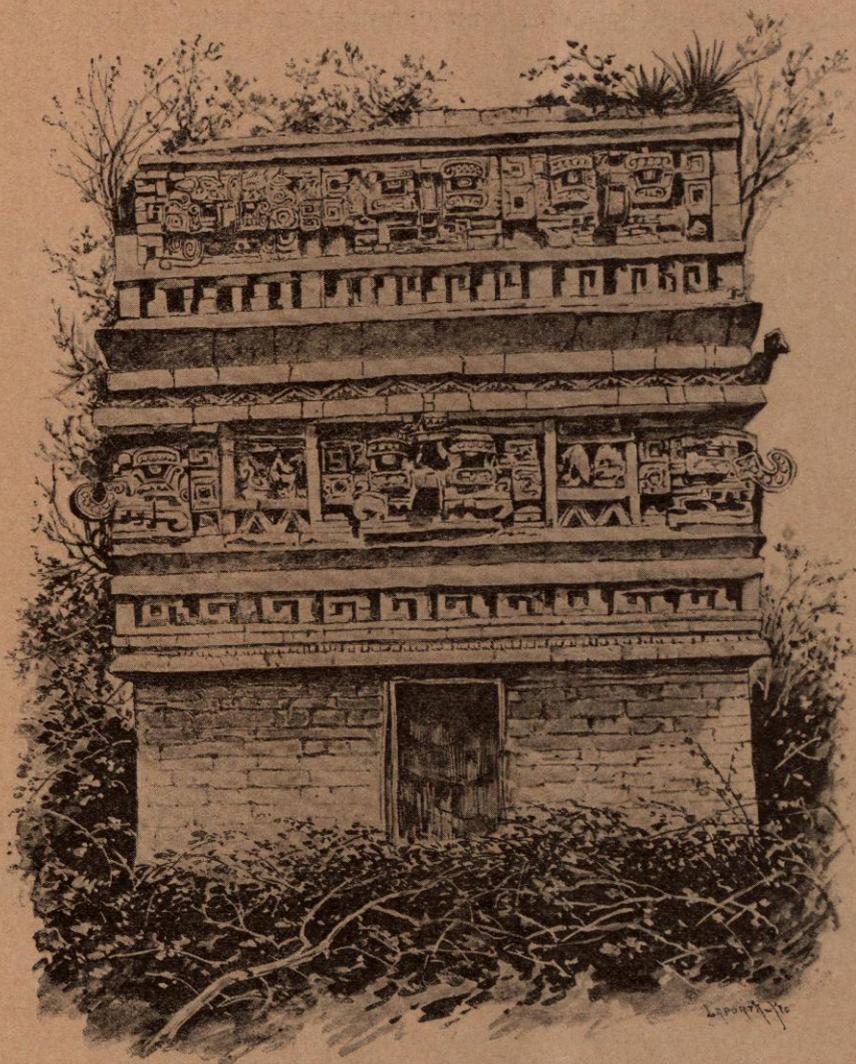
En cuanto á la técnica, es harto significativo que en Palenque y demás ciudades afines la construcción sea de piedra con revestimientos de estuco ó cemento y en



Cabeza gigantesca de piedra y estuco. Se ha'la en la parte inferior de una pirámide de Izamal (Yucatán).

Yucatán y parte de Méjico sea de mampostería con revestimiento de piedra; que en Palenque no haya columnas y las hallemos con frecuencia en Méjico y por excepción en Yucatán; que aquí y en Palenque los edificios estén cerrados por bóvedas y siendo la disposición de los palacios idéntica en Mitla y en el Yucatán, en los de Mitla hallemos columnas alineadas en el eje de las salas para sostener una techumbre que probablemente sería de madera, y en los del Yucatán no. Todo esto prueba que no pudieron ser obra de unas mismas gentes tan varios monumentos, y que hubo influencias de unos estilos en otros, puesto que un elemento como la columna predo-

mina en una comarca y en otra es un caso raro. Viollet-le-Duc creyó ver en el empleo del cemento un indicio cierto de las obras comunes á una misma raza. Charnay, quizá influído por este principio ha creído ver, en el cemento, una característica de la construcción tolteca: le halla aplicado á revestimientos lisos en Tula y en Tehotihuacán, le halla aplicado á la decoración en Palenque y apoyándose en referencia de Landa (de cuya veracidad no dudamos) de que él halló restos de cemento en algún

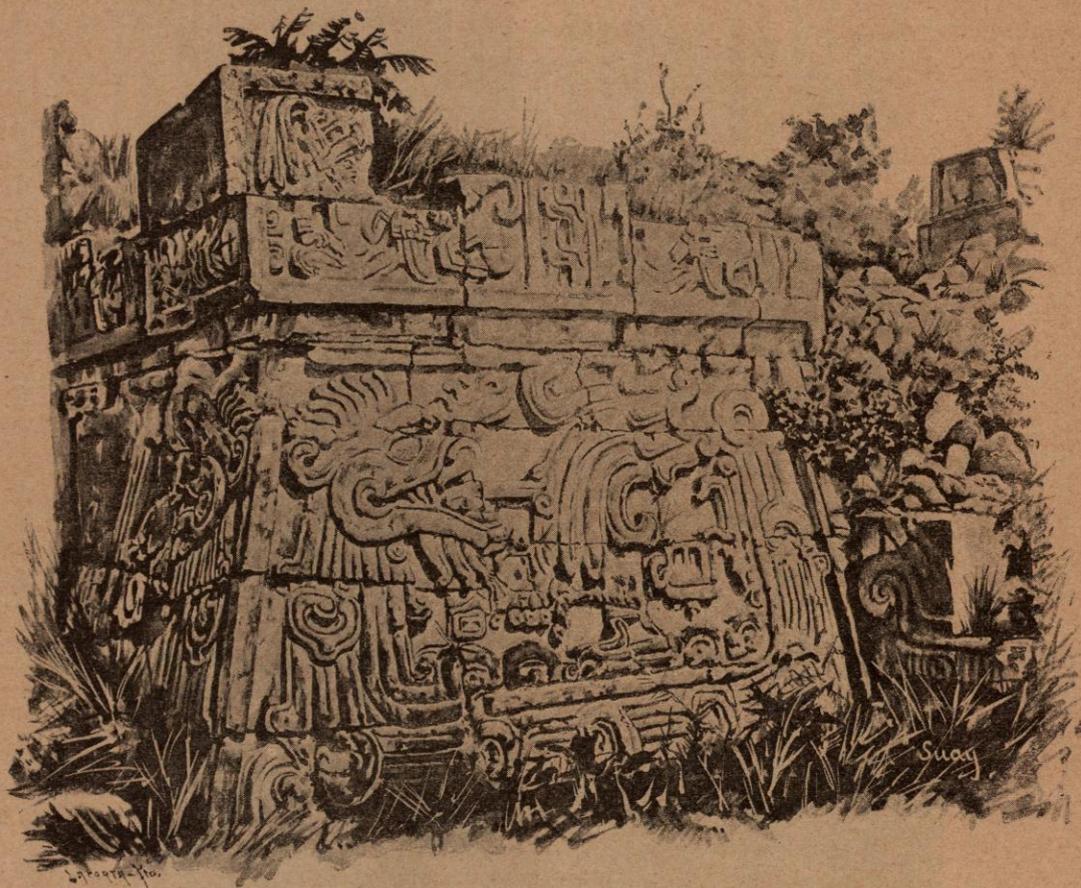


Palacio de las monjas en Chichen-Itza (Yucatán).— Costado del ala izquierda.

monumento, trata de formular una ley general; pero á nuestro juicio, aparte de que en las construcciones del Norte, especialmente en los *pueblos*, de los cuales no tuvo noticia Viollet-le-Duc, se empleó mucho el cemento y por consiguiente cabe pensar en una tradición americana, transmitida á las gentes civilizadoras por las sometidas, que ante las diferencias de estilo, esa particularidad no puede tener valor y por otra parte que el cemento en Méjico aparece empleado para revestimientos, y en Palenque

para la decoración escultórica; porque el trozo ornamental de cemento que Charnay descubrió en Aké, y reproduce, no tiene carácter marcado del estilo de Palenque, sino más bien del de Yucatán.

No hemos de seguir apuntando nuevas diferencias estéticas ó técnicas, pues valdría tanto como hacer una larga descripción de los monumentos de Méjico y de la América central, tarea que nos reservamos para otro lugar. El lector nos hará gracia de suponer que no pretenderíamos hacer una clasificación de tales monumentos sin haberlos sometido, previamente, á un examen tan detenido como permiten ha-



Ángulo del monumento de Xochicalco (Méjico).

cerlo las reproducciones y noticias. Vamos pues á exponer nuestro sistema que no tiene más pretensión que la de un ensayo.

Nosotros vemos cinco variedades de monumentos en aquella extensa región americana. Esas variedades son:

1.<sup>a</sup> Los monumentos de Tula, Cholula, Tehotihuacán, en Méjico, y Aké en el Yucatán, monumentos á los que atendidos los caracteres de antigüedad que algunos presentan, daremos prioridad y denominaremos de *estilo tolteca*.

2.<sup>a</sup> Los monumentos de Palenque, Comalcalco, Lorillard y Tikal, que si todo no

hemos de dejárselo á los toltecas y algo hemos de pensar que hicieron aquellos mayas que vinieron con Votan, podremos llamarlos de *estilo maya*, en lo cual no hacemos sino confirmar la opinión más admitida.

3.<sup>a</sup> Los monumentos de Izamal, Chichen-Itza, Uxmal y Kabah, todos en el Yucatán, que atendidos los elementos arquitectónicos mejicanos que en ellos se encuentran, habremos de llamarles de *estilo maya-tolteca*.

4.<sup>a</sup> Los originales monumentos de Mitla, debidos según creencia general á unas gentes mezcladas de maya y de nahua, de cuyo nombre los calificaremos de *estilo mixteco ó zapoteco*.

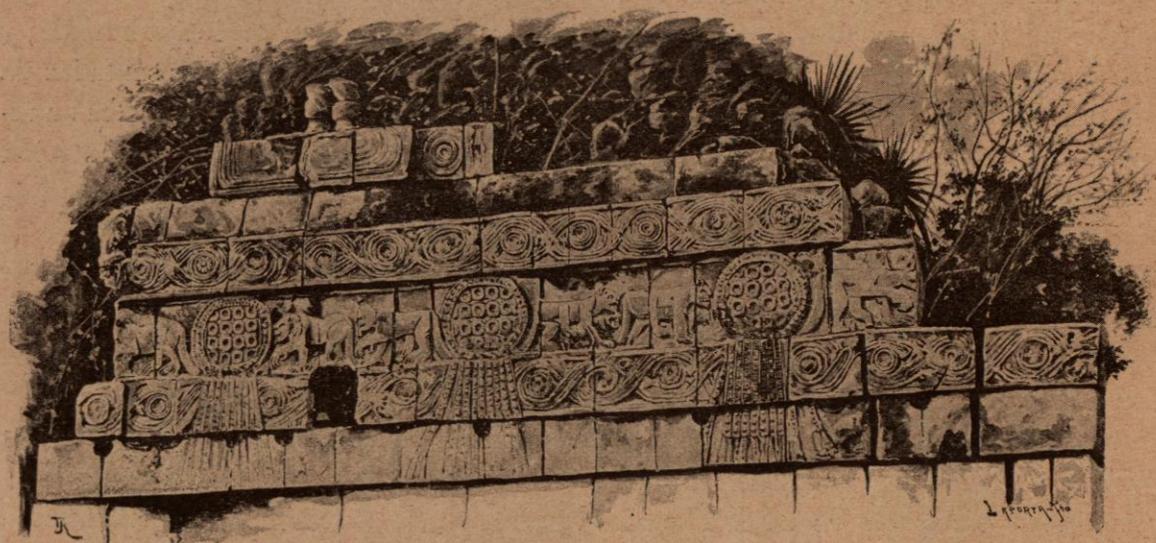
Y 5.<sup>a</sup> Los escasos restos de Méjico y de otras poblaciones, que llamaremos de *estilo azteca*.

Queda por advertir que los monumentos de *Copan* pertenecen sin duda á una mezcla de estilos, puesto que en ellos se advierten reminiscencias del gusto de Palenque y del gusto yucateco-mejicano; de modo que son de un estilo intermedio; y que el singularísimo monumento de Xochicalco manifiesta en las figuras sentadas de sus relieves una analogía marcada con las del altar de Copan y en sus serpientes un recuerdo del estilo de Yucatán, por donde puede considerarse como una manifestación particular del estilo maya-tolteca ó de un estilo mejicano (tolteca ó azteca) con reminiscencias mayas.

El orden que hemos dado á esos cinco estilos no quiere significar en rigor un sistema cronológico, sino en todo caso, una presunción de la antigüedad relativa de tan varias clases de monumentos. Claro está que los monumentos debidos á los toltecas son más antiguos que los debidos á los aztecas, puesto que aquéllos precedieron á éstos en la dominación del suelo mejicano. También puede admitirse que los monumentos de Palenque son más antiguos que los del Yucatán, no sólo porque éstos tienen todo el aspecto de ser una segunda parte, un desenvolvimiento más americano (si se nos permite la palabra) del estilo de aquéllos, sino porque en los monumentos del Yucatán hay elementos toltecas que no vemos en los de Palenque. Al dar la prioridad al estilo tolteca no pretendemos sentar que los nahuas precedieron á los mayas en América, pues aunque este punto no está resuelto y la opinión más general parece inclinarse á lo contrario, nada podemos asegurar.

No tendríamos inconveniente en dar la prioridad al *estilo maya*, que á veces presenta caracteres de bastante antigüedad; pero creemos más conveniente tratar de él inmediatamente antes que de su propagación en el Yucatán. Conste, pues, que no pretendemos asignar á los estilos ni á los monumentos unas fechas que no podemos comprobar. Admítase, de buen grado, si se quiere, el siglo VII para los restos toltecas de carácter más primitivo y de ahí en adelante para los demás; admítase el siglo XII como comienzo del estilo maya-tolteca. Mas si se pretende que los monumentos de Palenque y sus afines son coetáneos de los mayas-toltecas, admítase, por lo menos, para razonar las analogías apuntadas, que aquel primer estilo maya comenzó antes y no conocemos sus primeras obras.

Con sólo ver los monumentos se comprende, que salvo Mitla, Méjico nos ofrece un arte muy inferior al de la América central, que es donde, sin duda, estuvo el florecimiento del arte americano. Admitidos como los más antiguos de esa parte del Nuevo Mundo los monumentos de Palenque, etc., ocurre al momento una objeción. En esas ruinas se nos manifiesta un arte formado, robusto, dueño de los procedimientos, conocedor de los principios de la construcción, hábil en el modo de decorar y de esculpir. Aun sin haber visto otros monumentos americanos se comprende que aquéllos son la expresión de una época de florecimiento de las artes. Por consiguiente, hasta llegar á aquel grado de perfeccionamiento y de buen gusto, debieron hacerse antes, y por espacio de mucho tiempo, los ensayos que en todos los pueblos han precedido á la buena época. Mas ¿dónde están esos ensayos, esos precedentes

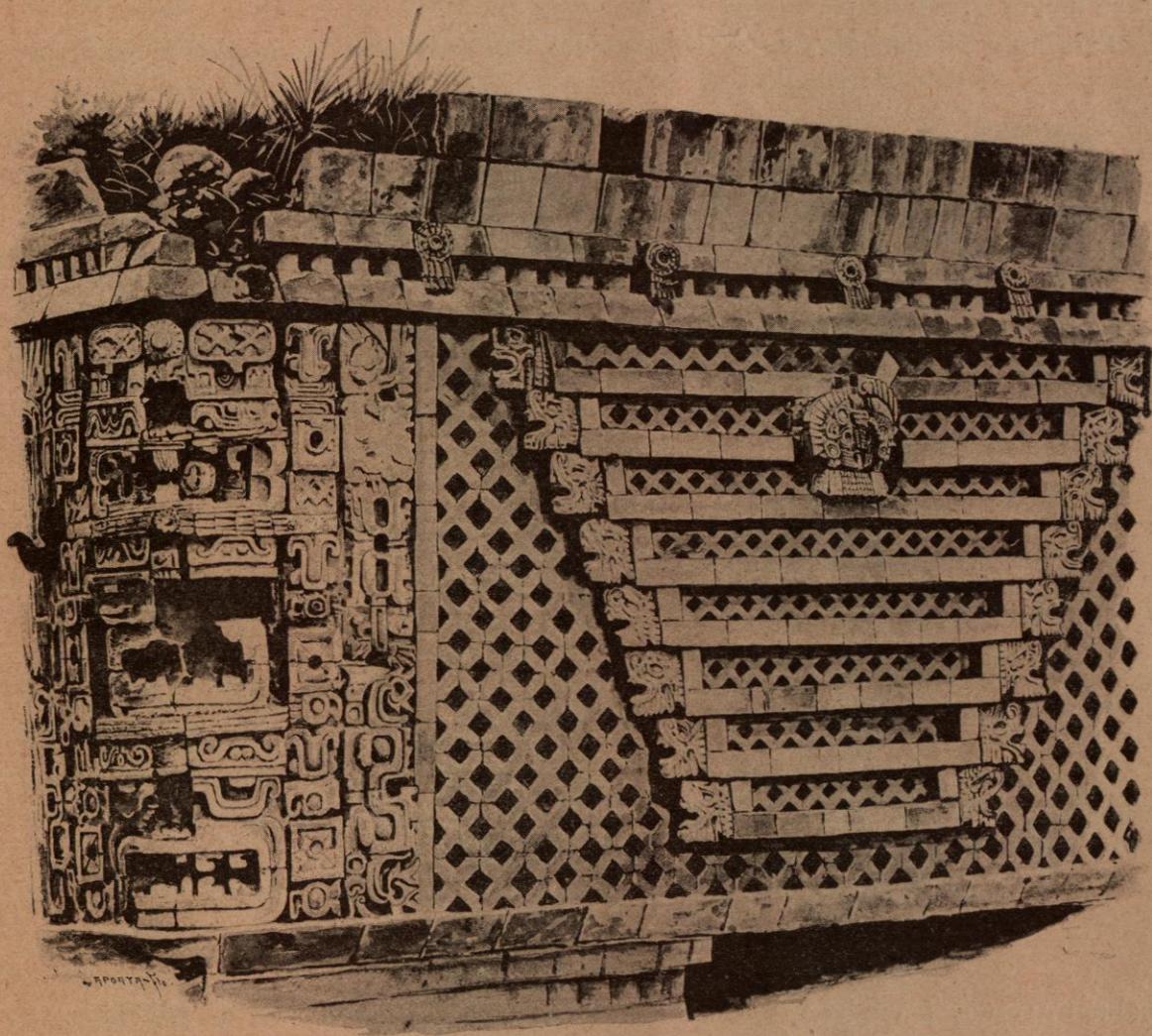


Friso de los tigres, del edificio llamado *Circo* en Chichen-Itza (Yucatán).

artísticos de los monumentos de estilo maya? Ya hemos visto que el arte en América, como en el antiguo continente, alboreó en los tiempos prehistóricos, y que en el Norte dió un segundo paso, dentro de un cánon geométrico, sin pasar de los trazados propios de un principiante. Tal es el arte americano primitivo. La diferencia que se advierte entre él y el gran arte de que ahora nos ocupamos, prescindiendo del mérito y de la importancia de las obras, es que el arte de los terraplenes y de los *pueblos* es el de los indios que vivían reunidos en tribus, quizá en un comunismo que les permitía gozar de libertad; mientras que el arte de Chiapa, de Yucatán y de Méjico lleva el sello *hierático* que le distingue. Mas á pesar de esto, el parentesco de uno y otro arte no es difícil de reconocer; porque en *el arte nahuatl* (démosle su nombre propio), hay un fondo americano indígena, con su cánon geométrico también y hay un atrevimiento genial, alimentado por una cierta fantasía, cuyo origen debe

buscarse en la influencia del Extremo Oriente. La fusión del elemento indígena y el elemento nahuatl están patentes.

Los monumentos de Palenque debieron construirse antes de la destrucción del imperio de Xibalba; y aunque considerásemos como más arcaicos los relieves de Lorillard y Tikal, que pertenecen al mismo estilo, siempre resultará que los primeros

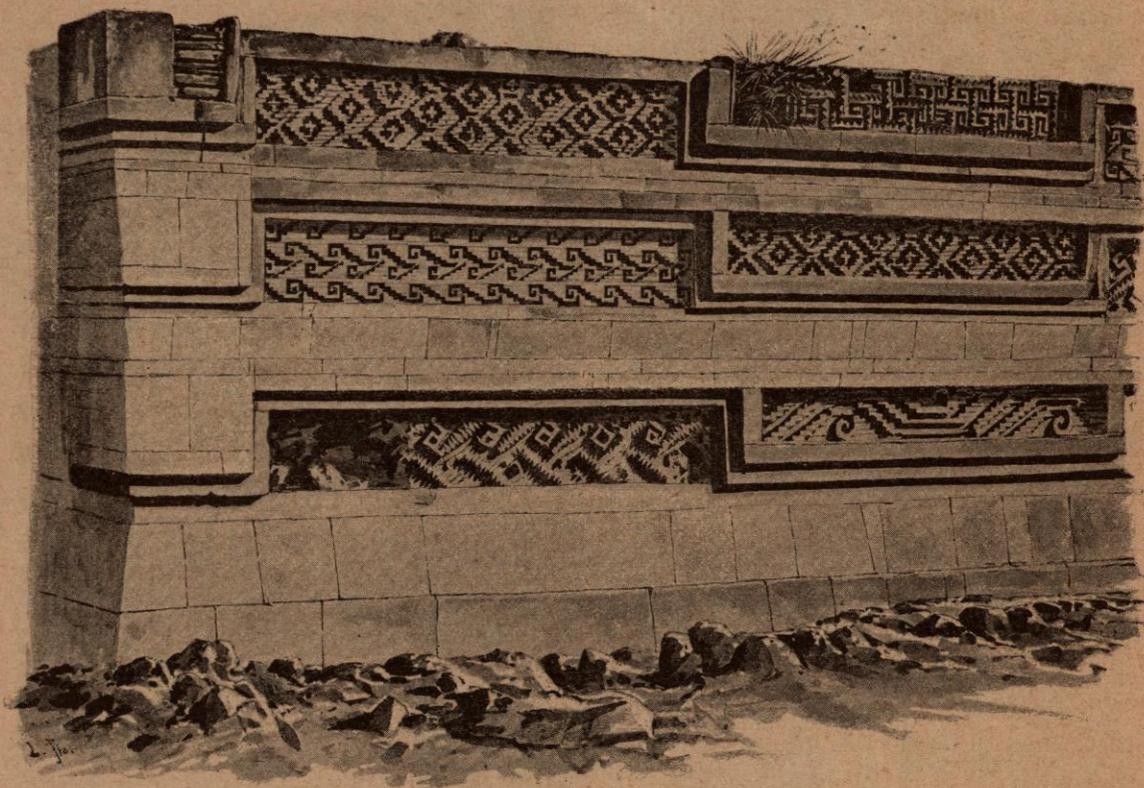


Detalle de un entablamento del *palacio de las monjas* en Uxmal (Yucatán).

ensayos del gusto nahuatl nos son desconocidos. ¿Cabría, una vez admitida la antigüedad de algunas construcciones toltecas, considerar como representación genuina del verdadero arcaísmo del arte nahuatl, algunos monumentos toltecas, los de Tula, por ejemplo, aquellos telamones reducidos á formas geométricas? En rigor no hay semejanzas de estilo que favorezcan la suposición. Las capas de cemento de las construcciones toltecas, aunque se consideren nada más que como una característica

americana puede dar un dato de la relación entre mayas y nahuas. De todo el estudio comparativo de los monumentos resulta que los mayas fueron mucho más artistas que los nahuas, y lo que más claro se ve es que del arte de Palenque procede el de Yucatán y que el estilo mixteco tan ornamental, tan severo, viene á ser como una síntesis, una fórmula depurada, de todo el arte nahuatl, pues en los monumentos mixtecos, que son los palacios de Mitla, impera el cánon geométrico, indígena, llevado á su mayor grado de perfección.

Para que puedan apreciarse mejor todos las diferencias establecidas en el arte



Trozo de la fachada principal del gran palacio de Mitla (Méjico).

nahuatl, vamos á exponer los caracteres especiales de cada uno de los indicados estilos.

*Estilo tolteca.*—Le caracterizan, empleo frecuente de formas piramidales, construcciones de piedra ó de ladrillo, revestimientos de cemento ó estuco, empleo de columnas y telamones; en la escultura interpretación del natural por medio de formas geométricas, en las obras primitivas, y de formas poco acentuadas y rechonchas en las mejores; poca importancia del ornato; en general aspecto rudo.

*Estilo maya.*—Le caracterizan, empleo de basamentos piramidales, machones á modo de pilastras en los pórticos y peristilos, entablamentos de poca altura, en talud, torrecilla calada por techumbre en los templos-observatorios, techumbres

abovedadas; relieves de estuco, de piedra ó de madera, en que las figuras campean con cierta libertad y se muestran gallardas y vigorosas, llenas de un realismo sobrio y simpático; poco resalto en el relieve y ejecución fina; jeroglíficos dispuestos en series paralelas que sirven como de orla á los relieves ú ocupan un lugar adecuado en el campo de las composiciones; en las pinturas de los códices dibujo acentuado con un espíritu casi jeroglífico, coloración sencilla y por lo general clara y agradable.

*Estilo maya-tolteca.* — Le distingue del anterior: mayor importancia arquitectónica y decorativa de los entablamentos (tan altos como los machones inferiores y á veces más); empleo de machones anchos y á veces de columnas en vez de pilastras; profusa ornamentación, esculpida en piedra y de labor de mosaico, en los frisos, que en algunos trazados recuerda las obras de ensamblaje; en la escultura interpretaciones ideográficas ó míticas acentuadas con extraordinario vigor, mascarones como los que se ven en los relieves de Palenque, pero de una interpretación geométrica exagerada; amalgama constante de motivos en las composiciones decorativas.

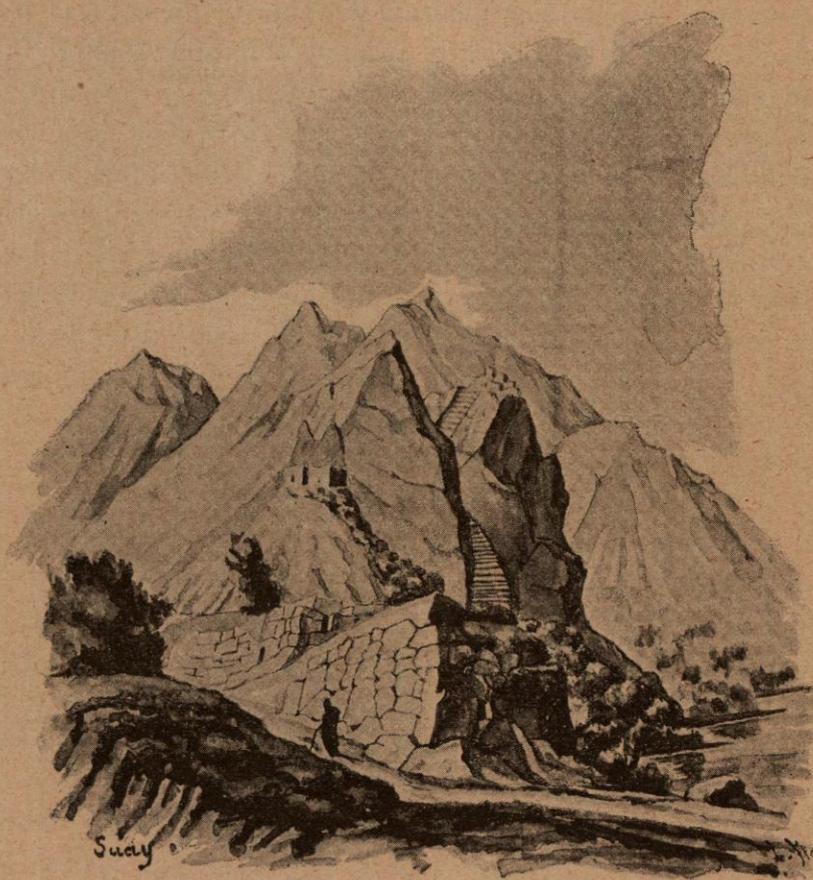
*Estilo mixteco ó zapoteco.* — Le distingue de los dos anteriores: disposición de frisos superpuestos, en saledizo, empleo de columnas, alineadas en el eje de las salas, para facilitar el cerramiento de las techumbres; exornación total de los paramentos exteriores con fajas de grecas y de combinaciones análogas, todo en obra de mosaico, en piedra; ausencia de todo relieve figurativo y sólo en la plástica figuras ora toscas, pero expresivas, ó de figuras de un realismo sencillo; en la pintura de los códices dibujo convencional, incorrecto y á veces mostruoso, aglomeración de detalles, empleo de colores vivos que suelen producir un efecto abigarrado.

*Estilo azteca.* — Aunque no se conserva otra cosa que pirámides, puede comprenderse lo que serían las grandes construcciones por lo que son las construcciones toltecas; en la escultura se advierte falta de atrevimiento, indecisión para interpretar con fidelidad el natural, proporción rechoncha, modelado redondo y otras veces exageración de las formas por el afán de reducirlas á cuerpos geométricos, ejecución dura, abuso de adornos indumentarios y de símbolos que producen un efecto pesado y barroco; en las pinturas de los códices igual interpretación geométrica de las formas humanas, lujo de detalles y de adornos, colores vivos que producen contrastes chillones.

\*  
\*\*

Los monumentos del Perú se muestran más fáciles al estudio sistemático. Es cierto que tampoco se pueden clasificar cronológicamente, porque la falta de datos fijos, de fechas, también existe aquí como en Méjico y la América central; pero en cambio no encontramos más que dos géneros de arquitectura, tan distintos que á primera vista se diferencian. Encontramos unos monumentos megalíticos, rudos, como *menhires* y *dólmenes* ó atrevidos como construcciones *ciclópeas*; otros (los más numerosos) en los que abundan los terraplenes y las construcciones desnudas de ornato

aunque sus muros estuvieron algunas veces cubiertos de estuco y éste pintado; otros (los menos) artísticos, en los que desde luego se advierte alguna analogía decorativa con los palacios del Yucatán. Los monumentos peruanos no han suscitado discusiones; aunque la cuestión étnica esté tan oscura respecto del Sur de América, como lo está de Méjico, Chiapa y Yucatán. Los antropólogos han reconocido tres razas distintas en el Perú. Sabemos que de ellas hay dos importantes, la de los aymarás y la de los quíchuas. Á éstos no falta quien, siguiendo la opinión apuntada por Humboldt y sostenida por Angrand, los crea de origen nahuatl; y si atendemos á las tradi-



Fortaleza de Ollantay-tambo.

ciones del arte del tiempo de los *Incas* pudiera admitirse también que los quíchuas fueron los que llevaron al Perú el *hieratismo* y los elementos estéticos que en lugar oportuno reconocimos como característicos en América. El estado actual de los conocimientos etnológicos no permite precisar los lazos de unión que existían entre los aymarás y los quíchuas; aquéllos compartían con éstos la posesión de aquel territorio cuando la conquista; y es opinión corriente que dicha relación puede compararse á la que en Méjico existía entre los mayas y los quichés ó entre los toltecas y los aztecas. Pero sea, de todo esto, lo que fuere, ateniéndonos por lo pronto á la cues-

ción arqueológica, importa consignar que los monumentos megalíticos, por lo que tienen de nuevo en aquel continente, permiten creer que el pueblo que los levantó vivía aislado ó tenazmente apegado á sus costumbres, toda vez que tales monumentos no guardan relación (como puede por sí mismo apreciar el lector en vista de cuanto llevamos expuesto) con los monumentos de las demás regiones Americanas. No nos detendremos á indagar si tales construcciones megalíticas pueden tener relación con sus análogas de Europa y de Asia; la construcción megalítica es casi siempre manifestación espontánea de un grado primitivo de cultura; pero no sería desechable la hipótesis de una influencia fenicia. En cambio, los monumentos artísticos, con razón tenidos por obra de los *Incas* son una nueva fase del arte americano.

De los monumentos megalíticos sólo diremos que en algunos puntos, como Tiahuanaco, Ollantay-tambo y Copacabana se nos muestran los ejemplares más toscos, es decir los menhires alineados y los dólmenes; y en otros puntos como el Cuzco, Tarmatambo, etc., vemos muros propiamente ciclópeos que recuerdan las construcciones fenicias de Gozzo, las murallas de Micenas, de las antiguas ciudades etruscas y las de Tarragona. Los Sres. D. Mariano Eduardo de Rivero y D. Juan Diego de Tschudi, en su obra titulada *Antigüedades Peruanas*<sup>1</sup>, señalan la diferencia entre las dos clases de monumentos del Perú con estas palabras: «El examen crítico de los monumentos antiguos que han escapado en su totalidad ó en parte á la acción destructora del tiempo y vandálica saña de los conquistadores, nos dan más luces que las incorrectas y contradictorias páginas de los autores, y nos indican dos épocas muy diferentes en el arte peruano, á lo menos por lo que concierne á la arquitectura: una antes y otra después de la llegada del primer Inca.»

Por nuestra parte, hallamos algunos monumentos (en Cuzco, por ejemplo) aun megalíticos, aun toscos, con nichos, puertas trapezoidales y otras particularidades, cuyo examen inclina á pensar en una especie de transición entre la época primitiva y la buena época del arte peruano. La historia favorece esta creencia, pues nos dice que el imperio de los Incas fué fundado en Cuzco, capital del mismo en lo sucesivo y que en los primeros tiempos no se extendió el dominio de tales reyes más que á 12 leguas de dicho punto; pero que bajo el Inca décimo segundo, pasaban los límites del imperio de más de 400 leguas, por el Norte, desde Cuzco y de otro tanto por el Sur. Es decir, que aquellas ruinas fueron adquiridas pedazo á pedazo, no por fruto de conquista sino por asimilación, como dice acertadamente el explorador Wiener<sup>2</sup>, pues las guerras del Inca no fueron guerras de exterminio sino de civilización. Este concepto de la conquista incásica, es muy verosímil, pues indica una fusión paulatina de gentes distintas y por consiguiente una fusión de elementos artísticos.

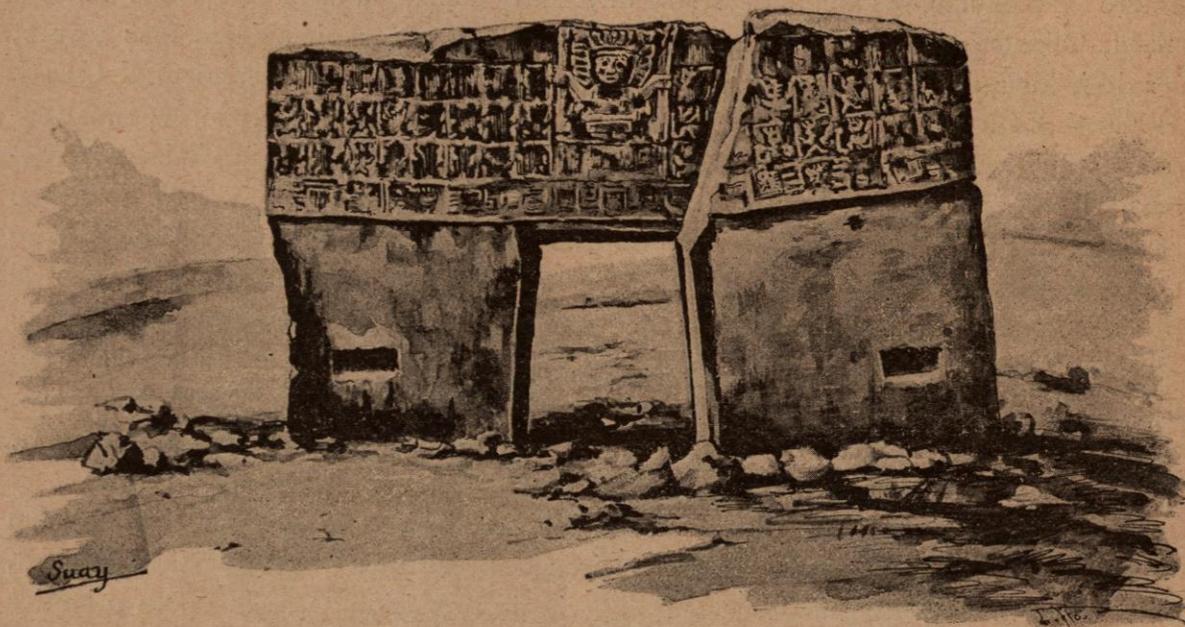
Si nos dejamos llevar de las semejanzas que se advierten, no solo entre las construcciones ciclepeas del Asia Menor, de Grecia y de la Etruria, con las del Perú, sino

<sup>1</sup> Viena, 1851, tomo de texto, pag. 210.

<sup>2</sup> *Perou et Bolivie*, París, 1880, pág. 711.

de las semejanzas más marcadas aun, que existen, entre los vasos chipriotas y griegos primitivos decorados con dibujos geométricos, más los vasos figurativos etruscos de búcaro negro, y los vasos peruanos también con decoración geométrica y también figurativos, podemos sospechar que algunas gentes fenicias ó tirrenas llevaron á América tales elementos, elementos que allí persistieran y se conservaran durante toda la dominación incásica mezclándose con el elemento propiamente americano.

Cuando se estudian los monumentos peruanos desde un punto de vista técnico se echa de ver que los antiguos pobladores de la América del Sur, conocieron variedad de sistemas de construcción. Mr. Wiener, que ha estudiado dichos monumentos bajo el aspecto indicado <sup>1</sup>, distingue un aparejo megalítico y cinco clases distintas de apa-



Puerta monolita de Tiaguanaco.

rejos ciclópeos; aparejos regulares con mortero en las juntas y aparejos de adobes.<sup>2</sup> Estos aparejos de adobes se hallan en los terrenos arcillosos de la costa y los de piedra en el interior, pues como es consiguiente la naturaleza del país tuvo una influencia directa en los medios de construcción. En cuanto á las formas de ésta hay muros rectos y muros inclinados por una cara ó por las dos, en talud, rara vez invertido. Asimismo las puertas tienen las jambas rectas ó inclinadas, lo cual recuerda las puertas de los monumentos griegos primitivos y etruscos; inclinadas están también las jambas de las ventanas (que en el Perú son frecuentes) y la misma figura trapezoidal que tienen los nichos, tan repetidos, se encuentran en el interior de los edificios peruanos. Ya se comprenderá que estas formas tan regulares solo se hallan en los monumentos del tiempo de los *Incas*, y como se ve tenemos en Perú como en

<sup>1</sup> *Perou et Bolivie*, pág. 467 á 566.

Méjico y la América central, los muros en talud, la tendencia á la forma piramidal. Sin embargo, no hay que buscar en el Perú la gran pirámide que sirve de basamento al santuario y aun al palacio; los templos incásicos tienen por basamento un terraplén de uno á tres escalones. Pero la pirámide existe en el Perú: la encontramos escalonada, sirviendo de fortaleza, como en Pisac, lo cual recuerda los santuarios fortificados de Méjico; y encontramos también unas pirámides truncadas y escalonadas, que servían de sepulturas, de necrópolis, por lo cual eran cubiertas de tierra hasta convertirlas en montículos.

Las plantas responden al sistema geométrico constante en América, y recuerdan las de los palacios toltecas. En cuanto á los alzados, las fachadas guardan más relación que las formas antedichas, con los de los monumentos del Yucatán, aunque rara vez se ven frisos, ya que no entablamentos decorativos. Sólo por excepción se halla algún friso, que consiste en un vasto espacio decorado con alguna labor geométrica, sencilla, repetición de un solo motivo, como en el palacio del Norte del Gran Chimú, ó con figuras pequeñas repetidas por fajas, y otra figura mayor en la sobrepuerta como en la portada monolita de Tiaguanaco; pero todos estos adornos, de poco resalto, y tanto por el conjunto de la composición como por el aspecto de ella, hacen el efecto de una tela labrada que se hubiese extendido sobre la parte superior de la fachada. Inútil es buscar en el Perú aquellos adornos, aquellos mascarones de gran relieve que vemos en el Yucatán y que parecen hechos de intento para que al herirles los rayos del sol nos fascinen con su mágico efecto decorativo y con la riqueza de sus detalles. Pocos son los edificios peruanos decorados y éstos sólo lo están por la fachada principal; por lo demás, las puertas, á veces cerradas por arcos apuntados, si así puede llamarse al cerramiento por aproximación de hiladas, y las ventanas trapezoidales cuyo dintel suele ser un sillar resaltado, son los únicos detalles decorativos que se hallan en los monumentos incásicos.

En el Imperio de los Incas los constructores más que arquitectos, más que artistas, fueron ingenieros, é ingenieros excelentes. No era su fuerte los palacios en los que como hemos dicho apenas se ve un débil reflejo del estilo maya; su fuerte eran las construcciones de defensa, las fortalezas piramidales escalonadas de que está llena la región montañosa del país; eran su fuerte los acueductos, de sólida fábrica y sobre todo los caminos, aquellos admirables caminos que atravesaban el Imperio para facilitar la movilización de las numerosas fuerzas de que el *Inca* podía disponer en un momento dado merced á la excelente organización política por que aquel pueblo fuerte se regía. Alejandro de Humboldt tuvo ocasión de admirar aquellos caminos y de uno de ellos nos da cuenta con estas palabras: «*El Llano del Pullal*, que así se llama el de Asuay, tiene un suelo por extremo pantanoso, habiéndonos sorprendido encontrar á tales alturas, superiores con mucho á la que mide la cima del pico de Tenerife, magníficos restos de un camino construído por los Incas del Perú. Es una calzada de grandes piedras talladas, que puede compararse á las más hermosas vías de los romanos que tengo vistas en Italia, Francia y España; perfectamente alineada

das, conserva la misma dirección ó 8.000 metros de largo. Cerca de Cajamarca encontramos su continuación á 120 leguas, al Sur de Asuay, pensándose en el país que este camino de 4.042 metros de elevación absoluta, llegaba hasta la ciudad de Cuzco»<sup>1</sup>.

La índole de este trabajo y los estrechos límites á que es forzoso ceñirse nos impiden dedicar algunas palabras á las sepulturas, *chulpas* y *huacas*, que tan importantes son en el Perú.

En general, las construcciones peruanas ofrecen analogías tanto con las del Norte como con las de Méjico, Chiapa y Yucatán: vemos la construcción de tierra apisonada, el *pilca* de la costa; vemos los grandes aparejos de Yucatán, los puestos avanzados como en la región de los *pueblos* y otras manifestaciones especiales de la cultura americana.

No está representado el arte del Perú, propiamente en los monumentos arquitectónicos. Hay que buscarle en los productos industriales. Porque la escultura apenas si produjo obras de gran tamaño; reviste por el contrario los caracteres de un arte menudo que se ejercitaba principalmente en la ejecución de figuras y caras, tratadas á modo de relieves, de un trabajo inciso, duro, y de un estilo que las más veces interpretaba el natural en formas geométricas, como hacían los mejicanos. No fué ciertamente la piedra material apropiado para las aptitudes plásticas de los peruanos. Los artistas peruanos habían menester de materiales más dóciles á sus habilidosas manos. La tela y el barro fueron propiamente sus elementos; la tela para producir composiciones pictóricas, decorativas, tan interesantes por lo peregrino de los dibujos, ornatos y figuras de dioses, de hombres y de animales, como por el vivo contraste de los colores; el barro para modelar ídolos ó figuras variadas que nos ofrecen todas las variedades del mundo incásico, desde los dioses y los hombres hasta las aves, los cuadrúpedos, los peces y los reptiles, desde las obras del hombre, templos y viviendas, hasta los frutos de la tierra.

En las telas, quizá porque el punto del tejido impuso desde luego una pauta al dibujo, se nos manifiesta un arte supeditado á fórmulas geométricas, que representa el rostro humano por un triángulo con el vértice hacia abajo; el cuerpo por un cuadrado; los brazos y las piernas por líneas angulosas, cual pudiera dibujarlas un niño. Es en suma un arte de convencionalismos, basado en el espíritu matemático tan constante entre los americanos, pero un arte ornamental, que no sólo reduce á ornatos las figuras humanas y de animales, sino que las sabe combinar con verdaderos motivos ornamentales y simbólicos.

En las figuras de barro y en los vasos, encontramos sin duda la más amplia y completa manifestación del arte incásico. La cerámica es el arte por excelencia, en el Perú.—Sus productos nos muestran las dos tendencias, las dos maneras de interpretar el natural, que caracterizan al arte peruano: la tendencia geométrica, como en las telas, que se manifiesta en las figuras de relieve ó pintadas, que los vasos

<sup>1</sup> *Sitios de las corchillerías y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Madrid, 1878.

suelen tener y una tendencia naturalista, que produce en las obras un acento, un carácter, una verdad, en suma, admirable y que revela en los modeladores gusto por estudiar el natural é inteligencia para copiarle. En la reproducción de frutos debieron llegar hasta el vaciado.—Pero es de advertir que al lado de figuras de excelente modelado, de verdad pasmosa, que pueden mantenerse junto á las obras de otros pueblos, concebidas bajo iguales principios, hay otras toscas, peregrinas hasta lo ridículo, monstruosas, infantiles.—La indicada tendencia naturalista, de que apenas si hemos visto ejemplos ó tentativas en Méjico y en la América central, es la nota verdaderamente original nueva, del arte peruano, mejor dicho, de lo que, respecto de la clasificación que hemos establecido, podemos llamar arte *incásico*.

José RAMÓN MÉLIDA.